

CAPÍTULO VII LA PERCEPCIÓN COMO PAUTA GEOGRÁFICA

Entre las modalidades recientes de la Geografía, que refuerzan muchas veces a tendencias que venían del siglo pasado, han cobrado mucha actualidad las resultantes de los contactos estrechos con las ciencias sociales, en particular -ya que la denominación es amplia- con la Sociología y la Psicología. Hoy se habla de una Geografía de la percepción, de una Geografía del comportamiento, de espacios vividos y de práctica de las ciudades, aspectos todos que debemos considerar como aperturas significativas.

¿Es admisible considerar a la percepción como el fundamento de una rama geográfica de importancia? ¿Puede otorgársele realmente sentido geográfico?

En capítulos anteriores se ha insistido en las relaciones funcionales que plasman una estructura, cuya comprensión puede iniciarse con la visión formal de un paisaje, y en donde el hombre crea entradas y salidas dinámicas, además de ser un componente esencial cuya acción y conexiones con el medio tienen un interés primordial. Estas conclusiones, sin embargo, se logran con un criterio objetivo apoyado en el análisis y la síntesis de lo que nos resulta exterior. Pero es indudable que existe también un lazo psicológico entre el hombre y su ambiente, que introduce la subjetividad como factor de apreciación y germen de un comportamiento que afecta, eventualmente, lo espacial. Esta concepción implica un punto de vista fenomenológico en cuanto, para nuestro caso, toda ciudad es vivencia para sus habitantes. Se crea así, en cierto modo, una geografía psicopsicológica que se propone estudiar ese espacio subjetivo.

Este enfoque se basa, en primer término, en la imagen que nos forjamos de la realidad, fruto de una información que recibimos a través de nuestros sistemas perceptivos (visual, auditivo, táctil, olfativo) y que pasa por los filtros psicológicos, mentales y culturales. Esa imagen, pues, es diversa según los hombres y lleva el sello de cada receptor. En segundo término, hay un proceso que conduce, con la incorporación de estímulos variados, a las decisiones y a la acción. El sistema se cierra con un paisaje realimentado, que sirve de nuevo punto de partida (Fig. 20).

Este tipo de estudios constituye una orientación muy valiosa para la Geografía. Ante todo es efectivamente geográfico, dado que se inspira en imágenes que configuran un espacio, en la localización de los hechos y en las relaciones de los hombres con su medio, es decir, apunta a criterios paisajísticos, locacionales y ecológicos, que siempre han representado lo medular de

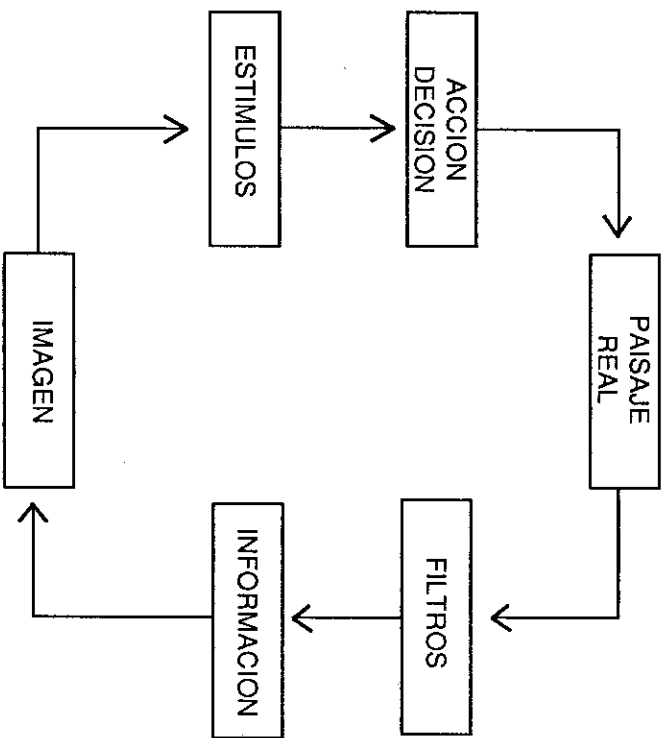


Figura 20: El sistema perceptivo

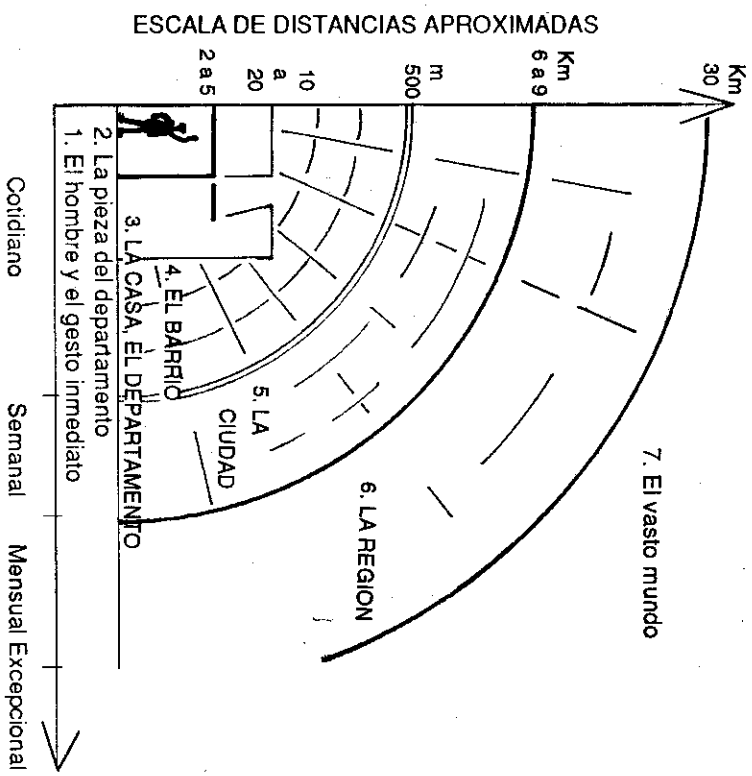


Figura 21. Los caparazones del hombre.
Fuente: Frémont, A., La région, espace vécu, Paris, Presses Universitaires de France, 1976, P. 24.

esta ciencia. Lo que interesa -es obvio pero hay que destacarlo- no es la percepción o el comportamiento en sí, sino sus implicaciones espaciales. Esto se traduce incluso en la cartografía.

La colaboración con especialistas de otras ciencias sociales ha ampliado apreciablemente las perspectivas de la ciencia geográfica, contribuyendo a una mejor captación de los matices que caracterizan los distintos espacios en que nos movemos, así como a una necesidad de encontrar las motivaciones que impulsan al ciudadano y que tanto influyen -o deberían influir- en la concreción de hechos de superficie.

El enriquecimiento de la noción de espacio

La noción de espacio vivido, manejada por sociólogos y psicólogos, interesa igualmente a la Geografía, porque traduce un modo de apoderamiento del medio en el cual está implícito un mayor compromiso con la realidad. El hombre no se limita a ser un factor neutro sino que profundiza, desde esta vertiente, su integración, en la medida de sus impulsos prácticos y afectivos. Esa actitud se advierte en las connotaciones de sus encuadres perceptivos, desde los más elementales. Moles y Rohmer reconocen ocho envolturas o caparazones (Fig. 21).

- El *"propio cuerpo"*, que fija un límite y un contacto con el exterior, a través de la piel reforzada por los vestidos.

- El *"gesto inmediato"*, que se refiere a todo aquello muy cercano, que utilizamos muchas veces de un modo automatizado e infraconsciente, como ocurre con nuestro escritorio o mesa de trabajo.

- La *habitación*, que podemos dominar simplemente con la mirada.

- La *casa o departamento*, en donde estamos rodeados de seres y objetos familiares, espacio que recorremos con una gran espontaneidad de movimientos.

- El *barrio*, equivalente urbano del pueblo, ámbito de lo conocido y apreciado, del control social en el que nos desplazamos sin proyecto programado, dentro de un pequeño radio de acción.

- La *"ciudad centrada"*, más conocida en la zona de concentración de los servicios, en la que ya nos convertimos, para algunos, en extraños. Podemos frecuentarla y observar sin ser vistos y, a la vez, mirados sin advertirlo, en un espacio muy compartido.

- La *región*, vivencialmente, es todo lo que puede ser recorrido en una

jornada, sin planes anticipados. No experimentamos todavía sensación de inseguridad, aunque se trate de lugares fuera de lo habitualmente practicado.

- El *"vasto mundo"* nos sitúa frente a lo excepcional, lo nuevo. Es un espacio de proyecto, de viajes y de exploración (MOLES, A. et ROHMER, E., *Psychologie de l'espace*, en FREMONT, A., *La région, espace vécu*, 1976).

Si resumimos estas diferentes categorías de caparazones para seleccionar lo que incumbe al geógrafo, dentro del encaje de sistemas y del grado de vivencia con que nos relacionamos, directa o indirectamente, podemos admitir cinco espacios esenciales: barrio, ciudad, región, país y gran dominio. Las combinaciones previas indicadas por Moles y Rohmer son embrionarias, porque no poseen complejidad suficiente para una estructuración amplia de nuestras percepciones, con las secuelas geográficas de formas, localizaciones y conexiones ambientales. Incluimos en esto un espacio infralocal, que compete a los psicólogos, y el lugar, espacio reducido -casa, campo, calle, plaza, taller- en el cual incursionan grupos socialmente de gran coherencia: la familia, el mismo oficio o frecuentación cotidiana (FREMONTE, A., 1976, *op. cit.*).

Con el barrio, las interrelaciones crecen por la coexistencia de intervinientes más numerosos y en un escenario más diferenciado, sujeto a una mayor elaboración de vivencias de distintas clases. La percepción alcanza cuadros mayores -región, país- así sea inducida por recursos menos frecuentes o indirectos -lectura, radio, televisión, contactos episódicos, información oral- y la sensación de pertenencia adquiere así un dimensionamiento propio que parte de las sensaciones experimentadas.

Como espacio vivido la ciudad o la aglomeración cobran cada vez mayor vivencia, por su indudable protagonismo en esta época. El individuo se siente constanciado con ella, como si constituyera el punto preciso de una asimilación y, con este espíritu, la coloca en el carácter de referencia de importancia similar a la de su barrio, o la discrimina como nota distintiva dentro de la gran conurbación o de la región urbana.

En un encaje perceptivo, pues, ¿qué representan para el habitante el barrio, la ciudad y la región urbana?

Elementos estructurantes de la percepción de la ciudad

Limitándonos a lo urbano en un tema -el de la percepción- que tiene otros campos de aplicación, es imprescindible recurrir, como base para las conclu-

siones integradoras, a los componentes de la estructuración perceptiva. Así como en el análisis objetivo aislamos los componentes, humanos y físicos, cuya interpenetración fija la organización del espacio; en esta ocasión, con la finalidad de lograr la imagen global de la ciudad, descomponemos ese todo, para profundizarlo adecuadamente, en cinco elementos: sendas, bordes, nodos, hios y barrios.

En una obra señera, inspiradora y base de una línea de búsquedas posteriores, Kevin Lynch se apoya en esos elementos para obtener la imagen o mapa mental de las ciudades -que ejemplifica con Boston, Jersey City y Los Angeles- y, con ello, la legibilidad del paisaje urbano desde una perspectiva visual (LYNCH, K., *The image of the city*, 1960). Tales componentes integran los contenidos de las imágenes, con un poder variable, para dirigir o focalizar la atención del observador.

- Las *sendas o itinerarios* son los ejes de desplazamiento de las personas, los conductos que sigue cuando se moviliza a pie o en un vehículo: calles, senderos, autopistas, canales, vías férreas... La imagen que se forja a través de ellas tiene características diferentes a la percibida desde otros puntos de mira, y suele ser preponderante para quienes utilizan habitualmente el mismo medio de transporte, individual o colectivo. De conformidad con dicha observación se organizan y conectan los demás elementos.

- Los *bordes o límites* son rupturas de la continuidad, cortas entre dos espacios: muros, setos, canales en cuanto significan separación, ramales ferroviarios, o simplemente líneas entre dos superficies contrastadas en lo referente al uso del suelo. No tienen el poder reiterativo de las sendas para definir el conjunto, pero constituyen a veces rasgos organizadores esenciales, como en el caso de las murallas y fosos que contorneaban las urbes medievales.

- Los *nodos* son zonas de confluencia de flujos de muy distinta índole, sean de personas, sean de transportes que las contienen: terminales de ómnibus, estaciones ferroviarias, aeropuertos..., pero también parques, plazas, peatonales, bancos, hospitales..., o lugares de reunión: esquina céntrica, confitería, locales de baile... Son verdaderas muestras de polaridad interna, en asociación estrecha con las sendas que facilitan la convergencia y muy vinculadas a la vida de barrio como factor de acercamiento social.

- Los *hios o puntos de referencia* son elementos exteriores al observador, situados a veces a larga distancia -una montaña, por ejemplo- o que forman parte de señalamientos llamativos en pleno corazón urbano: un monumento, un edificio especial, un letrero, una tienda, un árbol... Son

relevantes en la microestructura urbana y en el conjunto ciudadano cumplen con las sendas para definir la imagen global, lo cual guarda relación con el tipo de plano. En el clásico damero, las sendas -con el auxilio de otros componentes lineales- son el fundamento para la articulación del mapa mental; en los trazados irregulares, los hios constituyen la referencia orientadora.

- Los *barrios*, en cuanto espacios que ostentan clara identidad, ingresan también en la imagen como piezas bidimensionales, y configuran el todo mediante una imaginabilidad sectorial. Puede asimismo tratarse de secciones administrativas bien netas y reconocibles formalmente.

Cuando las circunstancias de la visión varían, estos elementos pueden cambiar de tipo. Un tendido ferroviario constituye, en principio, una senda; pero en su carácter de obsáculo a la circulación es mirado como un borde, especialmente por automovilistas. Un edificio bancario de prestancia arquitectónica es un hito que, a la vez, sirve de nodo a quienes penetran en él o salen después de realizar gestiones.

Metodológicamente, la consideración analítica de cada uno de estos elementos tiene como meta la concreción de una visión sintética que refleje los tres aspectos de una ciudad que, por cierto, guardan entre sí profundas conexiones: identidad, estructura y significado. El procedimiento básico -puesto que se trata de la expresión de vivencias del ciudadano- consiste en la encuesta individual, que incluye preguntas abiertas, con el objeto de apreciar el consenso en el mapa mental. Si bien hay una ecuación propia de cada entrevistado, suele existir una coincidencia entre los integrantes de un grupo, y eso es lo que hay que desentrañar a efectos de tomar aplicables los resultados obtenidos. Podemos considerar las imágenes colectivas, o públicas; que constituyen representaciones mentales comunes (LYNCH, K., 1960, *op. cit.*).

Sobre la base de esas indagaciones, en un ejemplo estudiado recientemente en la ciudad de San Rafael -240 kilómetros al sur de la capital mendocina- se pudieron sintetizar los rasgos distintivos -la identidad-, según las respuestas espontáneas y reiterativas de sus habitantes: ciudad pequeña, de edificación baja, enmarcada en un oasis de clima seco y agradable, con un trazado que han marcado profundamente los imperativos del riego (CORTE-LLEZZI DE BRAGONI, M., *La imagen de una ciudad intermedia: el ejemplo de la ciudad de San Rafael y sus implicaciones*, 1989).

En cuanto a estructura perceptiva -con ánimo de no extendernos- podemos mencionar la fórmula sugerente que compendió las interrelaciones

entrevistas en la ciudad de Mendoza: una ciudad vertebrada por sus avenidas y estrangulada por el ferrocarril (ZAMORANO, M., *La percepción como pauta geográfica: identidad, estructura y significado de la ciudad de Mendoza*, 1984). Los bordes más representativos -canales limítrofes- contribuyen en la ciudad citada, a fijar esa imagen en cuadrícula, más destacable por los escasos hitos adverbales y la casi nula presencia de barrios con individualidad rescatable.

La relación psicológica con el ambiente urbano traduce una inclinación práctica o afectiva del habitante. A esto denominamos significado, término que implica una valoración de los espacios vividos. Desde este punto de vista, la ciudad de Mendoza es considerada satisfactoria por sus pobladores de acuerdo con la reacción ante sus elementos ~~estables~~ estables, más que por las notas singulares de algunos edificios o espacios abiertos. Esto supone una aceptación de sus lineamientos generales -traza, acequias, arbolado en todas sus calles, aceras amplias, limpieza, disposición de plazas y parques...- sin perjuicio de opiniones negativas, que concierren sobre todo a los males del tránsito (ZAMORANO, M., y otros, 1984, *op. cit.*).

El barrio vivido y su problemática

Resulta paradójico asistir en nuestros días a una pérdida de vivencias del espacio inmediato, el barrio residencial, frente a una consustanciación mucho mayor con la ciudad o la aglomeración. La causa primigenia es, sin duda, una desvinculación espacio-temporal producida por la recurrencia a distintos lugares de la urbe para el trabajo, la recreación e incluso los encuentros familiares y sociales. Por otra parte, cada vez en grado más amplio, el habitante se siente sin influencias en la elaboración de su hábitat, y su incorporación a los barrios adocenados que le brindan los organismos públicos o privados, sin una intervención activa de su parte. Lo predispone mal desde el punto de vista del ambiente propio, acerca del cual se ha perdido el sentimiento de arraigo y la ligazón, normalmente, está signada por la provisoriedad. De todos modos, es indispensable vivir en el barrio, a pesar de sus defectos, alojarse en una casa que lo integra y utilizar algunos de sus ingredientes, con una frecuentación diaria. Las hipótesis de enfrentamiento y de apreciación de las circunstancias agradables o desagradables, parten de tres características negativas que hoy encarnan sobre todo a los barrios residenciales nuevos, que brotan especialmente en las áreas suburbanas ante

las incansables exigencias del crecimiento poblacional: una homogeneidad traumatizante, una falta de sentido comunitario y de condiciones de vida atractivas, e insuficiencias en el equipamiento. Estos temas que estructuran el barrio vivido se refieren, en definitiva, a su aspecto, su vida y sus funciones (BERTRAND, M. J., *La ciudad cotidiana*, 1981).

Es muy difícil extraer conclusiones de una validez extendida en una problemática que concierne a diversas categorías sociales y a seres humanos cuyas reacciones responden a una infinita gama de motivos y de condicionantes individuales: edad, sexo, condición socioeconómica, trabajo, psicología, tiempo de conexión con el lugar habitado... Todo intento de generalización tiene su contrapartida en un número elevado de excepciones.

En materia de nivel socioeconómico, la gente de holgada situación que reside en barrios lujosos como Scarsdale en Nueva York, Miraflores en Lima, Ordóñez Lasso en Cuenca (Ecuador), Los Troncos en Mar del Plata -citados entre miles de ejemplos en el mundo- puede sentirse feliz, en principio, en cuanto al aspecto y al equipamiento de su barrio, más que de la solidaridad del grupo y las posibilidades de vida interna. En el extremo opuesto, las villas miseria que pululan en el Tercer Mundo, son un testimonio de insatisfacciones, latentes o expresadas, de quienes las habitan, tanto en lo que se refiere a disponibilidad de un marco visual agradable como de los servicios, aunque su balance será quizá menos negativo con respecto a compañerismo y ayuda mutua. La pauta más destacable es la impresión de los barrios que aparecen creados con la premura ante las demandas de los que no tienen una solución habitacional. La urgencia, en estos casos, no es compatible con una acción inmediata.

Como dice Bertrand, no se configura un "barrio" en el lugar de trabajo, ya que, por esencia, debe existir un sentimiento de posesión. Con mayor razón, entonces, su habitante se interroga sobre los factores satisfactorios o desagradables que encuentra en él. Podemos considerarlos en sus tres perspectivas, que ayudan a lo formal y funcional, e incursionan también en las repercusiones sociales.

- En el *aspecto*, el rasgo más resalante es la monotonía arquitectónica, agravada en muchos casos -según la cuantía de la inversión gubernamental o empresarial, o de los usuarios asociados- por la limitación estricta de las dimensiones de los lotes, lo cual impide utilizaciones deseadas para una mayor comodidad o para resguardar la intimidad. Ambas cosas -fisonomía monocrónica, construcciones ajustadas- se cuentan como razones poderosas de disconformidad. Esta inclinación va ligada -en la mayoría de los países

latinoamericanos al menos- al gusto por la vivienda unifamiliar, por lo cual los inmuebles colectivos no son preferidos y se los acepta a regañadientes, como imposición económica.

En consonancia con lo anterior, la gente es también sensible a la escasez de espacios libres y de zonas verdes, con lo que ponen de manifiesto una exacta valoración de diseño y del equilibrio ambiental. Las quejas, asimismo, son unánimes cuando la iluminación nocturna es insuficiente, circunstancia unida, por cierto, al deseo de seguridad.

Algunas diferencias pueden establecerse, por ejemplo, de acuerdo con la antigüedad del barrio y, especialmente, con la constitución de sectores de nacimiento espontáneo, con lento rellenamiento por obra de iniciativas individuales. En estos casos, aunque la fisonomía trasunte más pobreza, en los materiales y servicios, la conformidad del habitante es mayor y más amplia también su participación en la vida común.

- *La vida comunitaria* señala deficiencias en el plano social que, habitualmente, se notan en una escasa solidaridad, no compensada adecuadamente por organismos de unión vecinal. El ambiente general se soporta con un forzado conformismo, pero impulsa a un cierto aislamiento de cada morador. Las respuestas relativas a los contactos con los vecinos, muestran que las relaciones amicales suelen reducirse a las casas inmediatas, pero no se patentiza la idea de una pertenencia al conjunto.

En todo esto afloran las desvinculaciones provocadas por la disociación con el lugar de trabajo, señaladamente con los hombres, para quienes el barrio se convierte, en gran medida, en un dormitorio. La falta de incentivos internos, además, puede llevar a la ausencia completa de animación durante el fin de semana y a la evasión reiterada en esos días.

Una relativa calma acompaña a la posición excéntrica y al grado de aislamiento de los barrios residenciales, que no padecen los males de la circulación, sino en grado mínimo, en cuanto a los transportes que penetran, pero sí incide negativamente desde el ángulo del equipamiento. En cambio, cada vez los encuestados revelan más conciencia acerca de los peligros de la contaminación (CODES DE PALOMO, M.I. y ROBLEDO, S.B., *Percepción de la contaminación industrial en el departamento de Guaymallén, Mendoza*, 1991).

- *El equipamiento* acusa deficiencias en los barrios nuevos, muchas veces como consecuencia del apuro en su entrega y el criterio restrictivo para la dotación de construcciones especiales y servicios públicos. Los inconvenientes expresados por los habitantes mencionan primordialmente la ausen-

cia de elementos que facilitarían la permanencia en el barrio, con sus implicaciones benéficas en el plano social e incluso económico. Los jóvenes reclaman frecuentemente la instalación de centros recreativos acorde con su edad, entre los que caben los polideportivos, con lo que se evitaría la recurrencia obligada a otros ámbitos urbanos, activando al mismo tiempo los encuentros de fin de semana. La tercera edad pide parques y jardines, los cuales escasean a causa de una errónea tendencia a aprovechar los terrenos exclusivamente para viviendas.

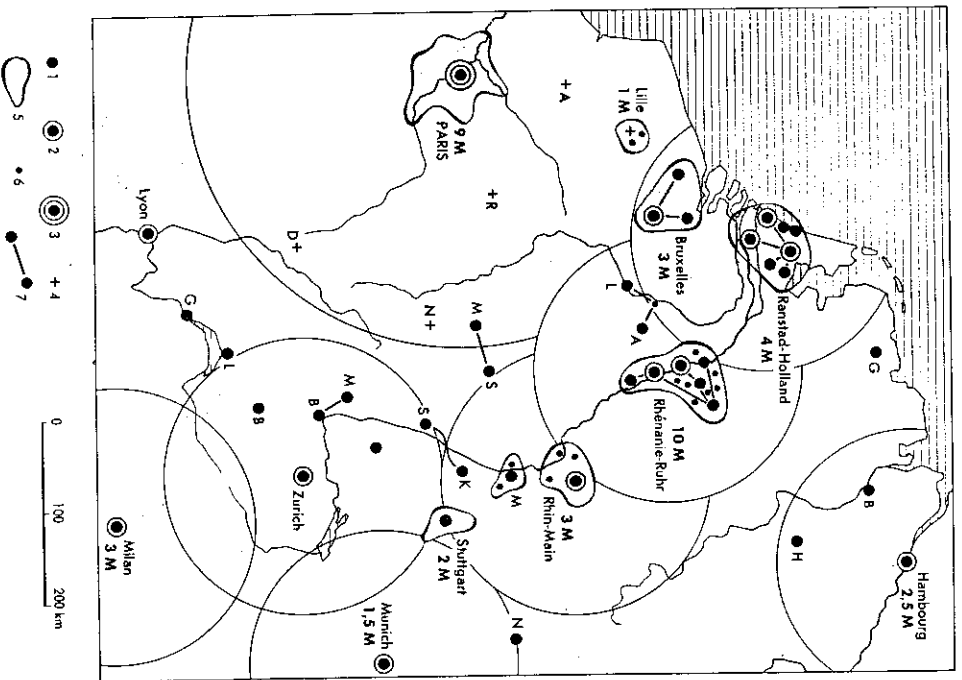
La necesidad de transportes colectivos eficientes es otra de las quejas repetidas. En fin, frente a un panorama educacional que se detiene en el nivel primario, son muchos los que se lamentan, en barrios populosos, de la insuficiencia en la apertura al ciclo medio, así como de las pocas manifestaciones culturales que llegan a los sectores alejados del centro.

La ciudad, medida de vivencias geográficas

Los barrios, especialmente los construidos masivamente con el apremio por solucionar mecánicamente el problema del alojamiento, han diluido su prestancia y su personalidad. Representan sólo un dormitorio para los adultos que trabajan, una zona de juego para los niños, y un lugar de compras rutinarias para las amas de casa. Si bien existen excepciones, lo más frecuente es la desvinculación práctica y afectiva de sus moradores, quienes encuentran en otros espacios urbanos la satisfacción de sus deseos más valorados. En contraposición, la ciudad toda, en su conjunto, aparece como un vasto escenario presto a proporcionar trabajo, educación de mayor nivel, cultura, deporte, espectáculos... El individuo se siente más identificado con la aglomeración, con su centro pleno de atractivos, que con el barrio que sólo le da donde guarecerse.

En las vivencias actuales la escala justa parece ser la ciudad, si no peca por una escasez de población que refleje el espíritu pueblerino o por un dimensionamiento excesivo -conurbación o región urbanizada- que torne imposible el conocimiento que justifique esa identificación. Pero en este último caso, la urbe se comporta siempre como el refugio compatible con el sentimiento de posesión de un espacio. Este punto de vista selectivo debe ser, sin duda, el que acompaña a quienes se insertan en una megalópolis. Un ejemplo expresivo es el de Renania.

El conjunto renano ha sido considerado por diversos autores, que con-



Referencias: 1. Centro regional importante 2. Metrópoli 3. Ciudad Mundial 4. Gran ciudad vinculada a París 5. Contorno de una conurbación o de una aglomeración muy grande 6. Elemento secundario de una conurbación. 7. Coordinación de los planes de ordenamiento a uno y otro lado de la frontera. Las poblaciones indicadas señalan diferencias de tamaño. El radio del círculo que rodea a París es de 300 km; el de los otros, de 175 km.

Fig. 22 - Armazón urbana de Renania
Fuente: JULLIARD, E. L'Europe rhénane. Géographie d'un grand espace, París, Colin, 1968, p. 229.

cuerdan en destacar su individualidad, apoyada en el río Rin como en un cordón umbilical (JULLIARD, E., *L'Europe rhénane. Géographie d'un grand espace*, 1968) (Fig. 22). Desde Suiza hacia el norte, hasta los grandes puertos -Rotterdam, especialmente, el mayor del mundo- se extiende este espacio como un eje que ostenta la supremacía en Europa. Sus características lo singularizan: gran presencia de las industrias, elevadísimo nivel científico y técnico, las mayores densidades de población en el continente, una notable infraestructura de transporte (barcos, ferrocarriles, autopistas), puertos estu- pondantemente equipados, aeropuertos de proyección internacional hacia los cuatro puntos cardinales, poderosas firmas empresarias mundiales (suizas, alemanas, holandesas, estadounidenses...) con enorme capacidad financiera, centros urbanos de irradiación ecuménica (Zurich, Frankfurt, Düsseldorf, Colonia...). En suma, un gran espacio funcional, cuya relevancia no deriva tanto de sus dimensiones (750 kilómetros desde los Alpes al Mar del Norte, 400 km de oeste a este), como de la coherencia que lo destaca como una gran línea de fuerza en Europa. Esa personalidad se logra a pesar de que se dan cita allí los paisajes más variados: colinas vitícolas afamadas por la calidad de su producción, cuencas industriales tan reputadas como la del Ruhr, grandes llanuras explotadas intensivamente en Holanda...

En estas condiciones, la noción de región arranca de la cohesión que otorgan la gran ciudad y su periferia rural, o bien de la conurbación metropolitana. Se trata de regiones fuertemente polarizadas y, además -y esto nos interesa para nuestro objetivo- vividas por sus habitantes desde su inclusión en lo urbano. Como dice Frémont en una expresión muy acertada, "son las grandes ciudades las que envuelven a una sociedad de masa en las fronteras relativas del hábitat". Ellas focalizan las percepciones, distinguiéndoles por sus funciones específicas -industrias, actividades terciarias- y reflejan también, con testimonios concretos, una tradición cultural, un ambiente particular.

Sentido de pertenencia, núcleo claramente señalable en los espacios sobredimensionados: la ciudad es, sin duda, protagonista vital de este fin de siglo. Dentro de la circularidad lógica que nos habíamos propuesto, con enfoque sistémico, nos reencuentramos con el fenómeno urbano, afirmado sólidamente en la superficie terrestre y siempre presente en las vivencias de los pobladores de la ecumene.